

ACADEMIA COLOMBIANA

La cultura popular griega a través de la
lengua castellana

Señores académicos, señoras y señores:

Al recibir Marco Fidel Suárez en 1881 en fiesta solemnísimamente el premio que para el mejor trabajo gramatical sobre Bello había propuesto la Academia Colombiana, o sea, el diploma de miembro correspondiente de la misma; con sencillez y modestia dijo estas solas palabras: «Lo recibo, no como un premio, sino como un estímulo para merecerlo».

Más en su punto están hoy esas palabras en mis labios, al aceptar el altísimo honor que me dispensáis, señores académicos, llamándome a ocupar un puesto en vuestra docta corporación, la más gloriosa de Colombia, y precisamente el puesto del insigne Suárez.

Acepto, pues, con timidez pero con sincero reconocimiento esta designación, que será para mí un estímulo para volver a mis juveniles trabajos filológicos, largos años abandonados por otros estudios tal vez más apremiantes, nunca más gratos.

* * *

Cuando en noches serenas, de la húmeda superficie del mar se levanta en el confín del horizonte Sirio, la estrella más rutilante, vemos por un momento vacilar su lumbre entre la bruma y eclipsarse tal vez tras alguna nube envidiosa; pero a pesar de las brumas y a pesar de las nubes la estrella sigue subiendo con esa imponente majestad con que recorren los astros su camino, y a las pocas horas la bruma sigue a ras del ho-

rizonte, la nube no se ha desprendido del mar, y la hermosa estrella brilla en todo su esplendor an las alturas.

Al desaparecer Suárez de la tierra empezó a elevarse en el horizonte de la patria. Las amargas brumas de la pasión o de la incomprensión humana velaban aún y oscurecían su lumbre, pero no pudieron impedir su ascenso. Hoy, seis años apenas después de su paso a la eternidad, la incomprensión y las pasiones humanas siguen a ras de la tierra, y la estrella de Suárez brilla fulgurante y limpia en el puro cielo de la gloria.

Quién pudiera, como con fino prisma, descomponer esa vivísima luz y mostraros toda la gama de sus diversos rayos.

Como hombre fue Suárez modelo de austeridad y de llaneza; honrado a carta cabal; idealista, immaculado, y no le faltó la aureola del dolor que aquilata la vida y depura las virtudes.

Como hijo, hermano, esposo y padre era su corazón un panal de dulzura inagotable.

Como amigo llevó la fidelidad hasta el heroísmo y la generosidad hasta el exceso.

Como maestro era la ciencia que ilumina y la simpatía que arrastra por el buen camino las almas juveniles.

Como político fue siempre con el adversario caballeroso y noble, y con el compañero noble y leal; estuvo siempre libre de ambición; se movió por altos ideales y sólo tuvo en mira el decoro, el bienestar y el progreso de la Patria.

Como polemista defendió tenazmente su castillo interior y las murallas de sus convicciones, y solo acusado por los enemigos en el hervor de la pelea puso alguna vez sutil veneno en sus certeros dardos.

Como gobernante, en la balanza de la justicia donde no se pesan los éxitos sino los méritos: la impar-

cialidad, la rectitud, la firmeza, el desinterés, el respeto a la ley, la laboriosidad infatigable, en la balanza de la justicia, repito, y aun prescindiendo de las muchas obras de progreso que en su administración se llevaron a cabo, ha sido ya su gobierno pesado y aprobado.

¿Y cuál es el mortal que puede disputarle el mérito de haberse olvidado de sí mismo completamente por servir a la patria, hasta el punto de bajar voluntariamente del solio de Bolívar para acallar las voces de los que, en difíciles momentos, pensaban más en hostilidades entre hermanos que en las angustias de la madre común?

Como internacionalista su fama brilla en todo el continente y es de primera magnitud en aquella pléyade de hombres ilustres que señalaron a nuestra patria sus fronteras. Y por encima de ellas abrió anchas rutas de buena inteligencia entre las naciones que creó la espada de Bolívar.

Como filósofo fue con Carrasquilla el restaurador de la filosofía cristiana en las escuelas, largo tiempo infestadas por el utilitarismo.

Como literato su prosa es digna del siglo de oro de Castilla.

Como filólogo recogió con dignidad la herencia de Caro y Cuervo, y dejó su nombre vinculado al de Andrés Bello, el primer humanista americano.

Como católico fue el caballero de Cristo sin tacha y sin miedo; y nos dejó en su oración del Congreso Eucarístico la más bella manifestación del alma que no vive para lo temporal sino para lo eterno.

Una deuda doble de gratitud tiene mi corazón para con el maestro y amigo, bajo cuyo signo benéfico me toca el honor de trabajar entre vosotros.

Fue él especial amigo y colega de mi padre, aquel otro varón noble y justo que se llamó Juan Pablo Restrepo, le acompañó muchos años en su labor docente, y esculpió de mano maestra su retrato en la galería

de grandes colombianos que consagró con su pluma para la inmortalidad.

Pluguiera a Dios que alguna vez tuviera yo tiempo y ocasión para trazar al menos un boceto del artista a quien debemos el mejor retrato de mi padre.

Asimismo fue Suárez constante y fiel amigo de la Compañía de Jesús, y a su cariño se debe el que este hermoso edificio haya venido a sustituir al viejo caserón de San Bartolomé, poblado es verdad de tradiciones y recuerdos, pero completamente inadecuado para las nuevas exigencias de la obra educativa.

Muy justo es que al renovarse la Academia Colombiana, una de sus primeras sesiones se tenga en este salón, presidida por el espíritu gigante del que llena esta casa con su apacible recuerdo.

* * *

El cariño con que Marco Fidel Suárez estudiaba en detalle los elementos todos del idioma, justificará ante vosotros el análisis que me propongo hacer en este discurso de los elementos populares griegos que a través de los siglos se han perpetuado y perduran en la lengua castellana.

Mas antes de entrar en materia, es preciso que reflexionemos un instante sobre la manera como corre un idioma a través de los siglos, enriqueciéndose con los tesoros de las civilizaciones que encuentra a su paso.

Si hay algo que los estudios históricos más recientes pongan de manifiesto es la continuidad de la cultura. Así como en el mundo físico no hay energía perdida, por pequeña que sea, así tampoco en la vida de los pueblos hay esfuerzo perdido por pequeño que parezca. Cada generación entrega a la siguiente el caudal que a su vez recibiera de la anterior, aumentado con nuevas adquisiciones.

Verdad es que hay épocas de profundas sacudidas en que parecen hundirse las civilizaciones anteriores;

tal la invasión de los bárbaros, que dejó el imperio romano cubierto de ruinas. La majestuosa corriente de la cultura humana puede encontrar en la historia de los pueblos soluciones de continuidad, profundas grietas donde sus aguas se hunden y desaparecen; pero esas aguas volverán más tarde a flor de tierra, como las del Eurotas en Lacedemonia, que hundiéndose de repente esconden parte de su curso a las miradas de los hombres, pero aparecen otra vez más adelante sin disminución ninguna.

Las conquistas de la humanidad en la esfera del derecho, de las ciencias, de las artes, de todo aquello que constituye la cultura, son indestructibles. Y el idioma es el gran recipiente donde la cultura va acumulando sus progresos. El idioma hablado puede desaparecer con los hombres que lo hablan; el idioma escrito permanece y sobrevive a los mismos pueblos que le dieron ser. Por eso con la invención de la escritura empieza la historia de la humanidad y empieza la continuidad de la cultura.

Y aun el idioma hablado, cuando se trata de un pueblo culto numeroso y fuerte, aunque vencido, no puede perecer. Sufrirá más o menos la influencia del pueblo vencedor, se enturbiará su corriente, se mezclará con elementos extraños, pero a través de los siglos se irá perpetuando con una unidad muy semejante a la de un río en el que no hay solución de continuidad, aunque sí un continuo crecer, que hace su corriente cada vez más turbia pero también más profunda y majestuosa.

Imposible separar en las caudalosas aguas del Magdalena los elementos que debe a sus diversos afluentes. En cambio la ciencia del lenguaje, la fonética, la semántica, la gramática comparada nos han dado medios para separar en una lengua los diversos aportes con que se ha enriquecido al correr de los tiempos. Y ve-

mos entonces que cada una de las civilizaciones con las cuales ha estado en contacto le deja su tributo; y vemos así mismo que cuanto más vigorosa y más brillante es una civilización, mayor es el aporte que da a las lenguas que con ellas se tocan. No es imposible reconstruir una civilización dada por sólo los aportes que se encuentran en las lenguas que con ella se rozaron.

Siempre que dos pueblos de diversa lengua se ponen en contacto hay entre una y otra mutuo influjo, el cual está en razón directa, no de la fuerza o de la riqueza de los pueblos, sino de su cultura.

Vencieron los macedonios a los griegos, pero como su cultura, comparada con la de los vencidos, era nula, no quedó casi rastro de su lengua o dialecto en el imperio de Alejandro. Vencieron más tarde los romanos a los griegos. Aquí el caso fue diverso. Aunque la cultura griega era más refinada, la romana era más práctica y mucho más extensa porque dominaba ya todo el Mediterráneo. El resultado fue que ninguna de las dos lenguas suplantó a la otra, aunque sí fue mayor el influjo del griego sobre el latín.

Más tarde, en cambio, superaron los bárbaros a Roma en fuerza y en riqueza, pero Roma, que les llevaba enorme ventaja en la cultura, les impuso, aunque vencida, su sabio lenguaje, mezclado eso sí con las turbias aguas de los idiomas bárbaros, que dieron al latín distinto aspecto en las diversas provincias del antiguo Imperio.

Antes de la conquista de Grecia por los romanos se habían puesto ya en contacto los dos pueblos, sobre todo en el sur de Italia, tierra a la cual las prósperas colonias griegas habían merecido el nombre de Magna Grecia. De aquel remoto tiempo datan muchos de los aportes griegos que por intermedio del latín son hoy patrimonio común de todas las lenguas romances.

Pero no hay que olvidar que el griego y el latín son lenguas de cercano parentesco, como que ambas vienen del indo-europeo; el griego directamente, el latín mediante otras dos lenguas: el italo y el italo-celta. La sola semejanza de vocablos no prueba, pues, influjo de una a otra lengua; otros medios hay, rigurosamente científicos y muy alejados de aquellas infantiles etimologías de nuestros abuelos que sólo se guiaban por el sonsonete, para establecer qué palabras tiene el latín por herencia de su lengua madre, y cuáles por generoso aporte de su vecina y parienta.

Más todavía, no sólo ha llegado la ciencia del lenguaje a discernir los elementos extraños, y entre ellos los griegos, que en el latín se hallan, sino a determinar en la mayor parte de los casos el tiempo en que cada uno de esos elementos entró en la corriente latina: tiempos de la Magna Grecia, conquista romana, primeros siglos cristianos, época de las invasiones. De este factor del tiempo, cuando no es claro por sí mismo, prescindiré en este discurso por no hacerme interminable.

* * *

Otra diferencia no menor hay entre el curso de un río y la corriente de una lengua. En aquel todas las aguas van por un mismo cauce, y a poco de correr juntas se mezclan completamente. No así en la lengua, al menos en la lengua de un país de próspera cultura. Esta trae consigo una diferenciación en las ocupaciones de los hombres y en su posición social. Si en los pueblos primitivos todos son nómadas, todos son pastores, o cazadores, o cultivadores del campo, en los pueblos avanzados existen muchedumbres de grupos sociales de mayor o menor influjo en la vida de la comunidad. Y al lado del fondo común del lenguaje, cada uno de esos grupos sociales tienen su lenguaje propio

y técnico, ignorado generalmente, o mal comprendido por los que a él no pertenecen.

Entre estos grupos sociales podemos desde luego hacer una gran división en grupos eruditos y grupos populares. La erudición se propaga por las escuelas y los libros y por el trato de la gente sabia. El lenguaje popular se propaga libremente por calles y plazas, por montes y valles, por las humildes chozas de los campesinos y los rumorosos talleres de los menestrales; acompaña a los pueblos en sus peregrinaciones, va de mercado en mercado con los traficantes, sigue a los ejércitos en su marcha por tierras enemigas, y entra a los barcos con los navegantes para desembarcar muchas veces y dejar honda huella y luenga prole en tierras extranjeras.

El influjo erudito de una lengua sobre otra es fácil de seguir, porque las palabras eruditas conservan su forma intacta a través de los siglos, y por lo mismo son casi iguales en las distintas lenguas donde han penetrado. Por el contrario las palabras del cauce popular se desgastan rápidamente y llegan a hacerse inconocibles, y por lo mismo toman en diversas lenguas apariencias muy distintas.

Fijándonos por vía de ejemplo en algunos de los términos artísticos que debe al griego nuestra lengua, veremos que algunos de ellos como *drama*, *escena*, *tragedia*, *oda*, *melodía*, *plectro*, *sinfonta*, *poema*, *sátira*, *arquitecto*, *peristilo*, *ánfora*, *rapsodia*, son como incrustaciones que no han sufrido desgaste alguno: es la tradición erudita. En cambio tenemos *títere*, *pandero* y *pandereta*, *bandola* y *bandurria*, *caramillo*, *zampoña* y *chirimía*, voces que dejando el corte clásico se han vestido de campesinas castellanas.

A veces una misma palabra se trasmite por el cauce erudito y por el popular y viene a quedar duplicada en nuestra lengua con distinta forma y aun con dis-

tinta significación, Junto al erudito *cimbalo* tenemos el popular *cimbel*; junto a *timpano* y *témpano*, eruditos. *timbal* y *timbre*, populares, formas todas de la voz griega *τύμπανον* especie de pandero. *Cítara* reproduce el griego *κίθαρα*, pero *cedra*, usada por Berceo (Duelo 176), está perfectamente pulida por la fonética, al paso que *guitarra* es una forma intermedia de la misma voz que nos vino por el canal del italiano.

El erudito *coro* nos recuerda tragedias como la del rey Edipo, y el popular *corro* tiene aún el sabor de las fiestas populares en que las doncellas bailaban en rueda cogidas de la mano.

De *corro* vienen *corrillo*, *corral*, *corrалеja*, *acorralar*, *encorralar*, etc. Es que el pueblo, libre de trabas y reparos puristas, maneja su lengua con mucha más libertad y donosura que los eruditos.

Una buena parte del influjo del griego en el latín y castellano, única generalmente conocida, es el influjo erudito de las escuelas y los libros. Las escuelas de Atenas y de Alejandría abrieron hondo surco en la cultura europea, hasta tal punto que hay ciencias en las cuales no ha hecho el espíritu humano progreso apreciable desde entonces. La *lógica* de Aristóteles es un edificio perfecto, y la *geometría* euclidiana, aunque ha visto nacer frente a ella otras geometrías, no necesita en sí misma corrección ni complemento.

La *gramática*, la *retórica*, la *poesía*, la *geometría*, la *filosofía*, son ciencias casi totalmente griegas, y todo su tecnicismo fue inventado en las escuelas helénicas.

La medicina perdió su nombre griego, pero muestra clara la huella poderosa de Hipócrates y de Galeno. Ninguna ciencia hay que conserve más términos técnicos de griega prosapia que la medicina.

La *música*, la *arquitectura*, la *astronomía*, la *física*, la *botánica* y la *zoología*, la *geografía* y la *historia*, nacieron en Grecia, como su mismo nombre nos lo está di-

ciendo, y en Grecia florecieron; y si después se han desarrollado poderosamente, no han podido olvidar su patria de origen. Tan arraigadas están, lo mismo que la medicina, en campos de la Hélade, que hasta sus continuos progresos los presentan al público con el clásico ropaje de palabras griegas.

Al estudiar el influjo de la cultura griega en nuestra lengua he prescindido, como es natural, de todas esas palabras modernas, denominaciones sabias de objetos que los griegos no conocieron, como *teléfono*, *microscopio*, etc. He prescindido también de los nombres propios, que darían tema para un estudio de por sí, y así mismo de toda la mitología, que tan honda huella ha dejado en las literaturas, como que todas tienen su *Olimpo* y su *Parnaso*, sus *pegasos*, *centauros*, *náyades*, *musas*, *sátiros* y *ninfas*. He dejado a un lado, finalmente, toda la tradición erudita, aun aquellas palabras que no pertenecen a una ciencia particular, como *idioma*, *escuela*, *biblioteca*, *tomo*, *catálogo*, *enciclopedia*, *método*, *sistema*, *tesis*, *prólogo*, *programa*, y aquellas otras que han pasado ya al lenguaje común y corriente como son entre otras muchas *centro*, *clima*, *ironía*, *energía*, *poro*, *cubo*, *zona*, *esfera*, *almanaque*, *fantasta*, *práctico* y *periódico*.

Me basta que una palabra haya visto la luz en las escuelas para prescindir de ella aunque se haya hecho vulgar, pues mi intento es únicamente estudiar el influjo de la corriente popular de la cultura griega en la lengua castellana.

Dejo, pues, por hoy las aulas y las academias, y me traslado al campo, a la palestra, al taller, al ágora, a las inquietas naves, a los mercados y a los campamentos, para sorprender al pueblo griego en su vida íntima y rastrear las huellas que de esa vida guarde nuestra lengua.

Empecé este estudio con el ánimo del coleccionista que busca algunas flores raras con qué enriquecer sus

colecciones, y os confieso que, a medida que iba acoopiando materiales, se me iba ensanchando el horizonte y que a la postre a mí mismo me ha sorprendido el resultado.

Es que he sentido palpar bajo los amplios pliegues de nuestra noble lengua, todo el espíritu, toda la vida, toda la múltiple inquietud de aquel pueblo prodigioso que se llamó la Grecia; he sorprendido su amor a la naturaleza; su vida cotidiana activa e industriosa; su noble culto de la propia personalidad, que hizo un príncipe de cada uno de los griegos; su amplitud de miras, que saliendo del estrecho egoísmo se difundió en la sociedad, en la *polis*, para dar a la cultura humana toda la grandeza, todo el esplendor de que es capaz; he oído, aunque de lejos esta vez, el rumor de sus escuelas semejante al de las abejas del Himeto, y he visto los fulgores de ese arte que en tierras de Grecia adquirió toda su perfección insuperada e insuperable; he sentido finalmente cómo en las ánforas esplendorosas de la cultura griega se vertió a torrentes aquella agua que salta hasta la vida eterna, que purifica a la humanidad de todas sus escorias, que brinda a los pueblos gastados nueva fuerza y nueva vida, y que transforma en fin la cultura clásica en cultura cristiana.

No creáis que exagero. Si tenéis paciencia para seguirme a través de un estrecho sendero, veréis al fin de él ese amplio y bello panorama.

* * *

El pueblo griego se distinguió por su amor a la naturaleza. La Grecia actual, con sus bosques talados, no es más que el esqueleto de la Grecia antigua, y si aún hoy el viajero se extasía ante las bellezas que por todas partes ofrece aquella tierra a sus ojos, ¿qué harían los griegos que la gozaron en todo su esplendor? Tal vez no hay, tal vez no ha habido en el mundo

región más encantadora. Un cielo limpio y puro, un clima sano y suave, hospitalarias costas, variadas islas, verdes praderas, espesos bosques, amplias llanuras, altos montes, ríos que ya se desprenden torrentosos de las altas cumbres, ya se desperezan lánguidos en múltiples meandros por los valles, y como marco de toda esa belleza el mar azul, el tibio mar que abraza cariñoso todo el mundo griego formando por todas partes golfos, estrechos y canales, brindando su inquieta espalda para que sobre ella pasen los hombres y transporten sus productos y establezcan, a pesar de la independencia absoluta de sus ciudades, la gran unión cultural del pueblo griego.

No en vano poblaron los griegos de divinidades toda aquella espléndida naturaleza: el mar, los bosques, las fuentes y los ríos. No en vano creyeron que en tan bellos parajes habitaban los dioses junto a los hombres. Y no en vano una de las guerras más largas y sangrientas y la más desastrosa de la historia griega no tuvo más origen que el haber talado los focenses un bosque sagrado de la ciudad de Delfos.

Y ahora veamos cómo nuestra lengua castellana muestra claras las huellas de ese culto, de ese amor que sintieron los griegos por la naturaleza.

El océano, los astros, los bosques, el horizonte, el iris, con estas palabras expresaron los griegos su estupor ante los grandes fenómenos de la naturaleza, y con las mismas lo expresamos nosotros.

Con minucioso espíritu de observación iban dando nombre a cada rasgo del relieve de la tierra. Véase cuántos de ellos conservamos en castellano: *cima* y *sima*, *risco*, *escollera*, *ismo*, *barranco*, *antro* y *gruta*, *yermo* con sus derivados latinos *eremita* y *ermila* y su contrapuesto *oasis*.

Aura, *céfiro*, *tromba*, denotan modificaciones atmosféricas.

¿Queréis ver ejemplos de palabras pertenecientes al dominio de los cinco sentidos? *Relámpago*, *eco*, *aroma*, *agrío* y *liso*, este último con sus derivados *alisar*, *desliz* y *deslizar*.

Cuántos minerales tendrían los griegos conocidos y apreciados, cuando hasta nosotros han llegado nombres como *arcilla* y *greda*, *yeso*, *cobre*, *amoníaco*, *cinabrio*, *magnesio*, *nitro*, *calamina* y el nombre genérico *metal*, que ya en la antigüedad, formó el compuesto *metalurgia*, y a cuyo lado cae tan propio el moderno *metaloides*, y los derivados *metalizado* y *metálico*?

Pero qué mucho si la humilde palabra *pedra* pasó al latín del griego en tiempos de la Magna Grecia, y arraigó tan perfectamente que dio derivados latinos como *petrosus* y *Petrus*? Larga es la familia castellana de esta raíz griega en buena hora trasplantada al Lacio: *apedrear*, *empedrar*, *pedernal*, *empedernido*; *Pedro*, *Pero*, *Pérez*, *Perico*; *pedral*, *pedrera*, *pedregoso* y *pedregal*; *pedrisco*, *pedrusco*, *pedrería* y tantos otros.

Con la palabra *cristal* ha tenido lugar un curioso fenómeno que se suele llamar falsa metáfora. Todos creemos que hacemos una traslación retórica cuando decimos de un estanque helado: sus aguas se convirtieron en cristal. Y éste sin embargo es el sentido propio y primitivo que mucho antes de la invención de los vidrios planos dieron los griegos a la capa de hielo que forma el frío en la superficie de las aguas, *κρύσταλλος*, agua congelada, que viene de *κρύος*, frío. Por metáfora se llamaron *cristales* las primeras placas de vidrio, y esta misma denominación ha dado la ciencia moderna a los cuerpos que en sus últimos elementos físicos se presentan bajo formas poliédricas regulares. Uno y otro sentido ha dado sus derivados: *cristalería*, *cristalino*, *cristalizar*.

Las minas de plata más famosas de la antigüedad estaban en el Atica, y en su laboreo se empleaban 20.000 esclavos. No es raro pues que el nombre latino *argentum*, de donde viene nuestro erudito *argentino*, provenga del griego; pero sí es raro que este nombre popular, que se conservó en francés y en italiano, haya desaparecido del castellano y del portugués, sustituido por el bajo latín *plata*, que significa propiamente placa de metal y viene también del griego: *πλατις*, extendido.

El sentimiento estético que mezclaban los griegos a su contemplación de la naturaleza fulgura aún en las puras *linfas* de los bosques, en las *cataratas* de los grandes ríos, en las *estalactitas* de las silenciosas grutas.

Pero hay más aún. ¿Habéis caído en la cuenta de que las piedras preciosas, esas chispas de diversos fulgores que extrae la industria humana de las entrañas de la tierra para lucirlas en vistosas joyas, esos pequeños tesoros donde la utilidad cede por completo el campo a la belleza, han llegado a todos los pueblos románicos ostentando los brillantes nombres con que las acariciaron los artífices griegos? *Agata, amatista, berilo, calcedonia, coral, crisólito, diamante, esmeralda, jacinto, jaspe, ónice, ópalo, sardio y sardónice, topacio y zafiro*. Qué colección de espléndidos regalos nos hizo el gusto refinado de los griegos. ¿No véis cómo a través de la lengua castellana aflora la cultura griega con toda la rutilante variedad de las piedras preciosas?

Pero el castellano os tiene guardada otra revelación no menos interesante. ¿Quién de vosotros al visitar los humildes campos de nuestros labriegos se ha imaginado jamás que también en ellos se encuentren las huellas del pueblo helénico?

La agricultura es la base de los pueblos. Imposible que una nación que no cultiva la tierra se eleve a las altas regiones del arte y de la ciencia. El pueblo agrícola es la mayor reserva de humanidad y de progreso, porque en contacto con la naturaleza se conserva sano y fuerte. No sin razón atribuyeron los griegos a una diosa el haber regalado a la humanidad el trigo.

La agricultura tiene también su estética cuando no se limita a producir lo necesario para el alimento y vestido, sino que hermosea los campos con árboles y flores, y adorna la mesa del hogar con bellos frutos y yerbas aromáticas.

¿Queréis ver cuántas flores, cuántos frutos y árboles y hortalizas y yerbas aromáticas nos legaron los griegos?

Yo os convido señores a visitar una granja que he arreglado cuidadosamente en mi imaginación, no dejando en ella sino lo que tenemos como herencia de los griegos. Ved la entrada: una alameda de *acacias*, por entre las cuales se divisan grupos de *alisos*, de *cipreses*, de *plátanos*, no ciertamente de los comestibles que han llamado los eruditos *musa paradisiaca* y *musa sapientum*, sino de aquellos otros plátanos tan propios de los ríos de Grecia y que aun hoy son frecuente adorno de las carreteras en Europa. Hay también maderas preciosas como el *ébano*. Las *cañas* abundan en todas sus especies, menos la dulce del trópico, desconocida en Grecia.

Contemplad mis jardines: en cuadros orlados de *boj* y *amaranto* hallaréis el *nardo* y el *jazmín*, el *pelitre* o *piretro*, la *dragontea*, de hojas manchadas como una serpiente o dragón, *peonias*, *miosotis*, que en castellano diríamos «orejitas de ratón», *geranios*, es decir, grullitas, la *crisantema* o flor de oro, el *cinamomo* y el *lampazo*, más conocido con el nombre de «amor de hortelano». No falta la *artemisa* o *altamisa*, el *mirto* y el *acanto*, ufa-no éste porque en sus hojas se inspiró el artista que hizo florecer el templo griego en el estilo corintio.

No conocieron los griegos las lindas parásitas de nuestros bosques, pero su nombre, muy bien puesto, recuerda una costumbre que fue en Grecia una verdadera institución, o mejor dicho, una verdadera plaga social.

El que no sabía comer sino en casa ajena era llamado παράσιτος, que viene de παρά, pegado a, y σῖτος, alimento. Lo que hacen nuestros parásitos y nuestras parásitas, que no pueden vivir sino a expensas ajenas.

Entre los árboles frutales tenemos sicomoros, castaños, nisperos, almendros y membrillos, y la esbelta palma que produce los sabrosos dátiles. La mora os regala su fruto campesino, y os cuenta al mismo tiempo que aunque es la más humilde de las frutas, tiene en el lenguaje especial categoría, porque ha dado origen a un grupo de palabras: moral, con bellos compuestos, como Valmoral; color morado y amoratado; morera, la que es grata al gusano de seda; moreno y morena, epíteto exagerado porque los que con él se glorían están muy lejos de ser tan brillantemente negros como la mora. Aunque no falta quien, con mayor razón por ventura, saca a los morenos de los moros, voz que en griego significa «los oscuros», μαῖροι.

En punto a fecundidad lingüística pocas yerbas podrán competir con la caña. Más de setenta palabras cuenta nuestra lengua derivadas de la frágil y esbelta planta que llamaron κάννα los griegos. Imposible enumerar más que las principales: cañada, cañizo, encañar; caño y cañería; cañón, cañonazo y cañonera; canal, canalete, acanalar; canela, acanelado; canilla y canuto; gañón, gañito, desgañitarse; cañaruzal, cañafistola, cañaverál, etc.

Pero no nos distraigamos de nuestra visita: entremos a ver los cultivos. Son los principales la viña y el olivo. Aceite y vino y amigo, antiguo; nos dice el refrán. El aceite y el vino que os ofrezco son anteriores a la civilización latina, y se remontan hasta el Atica y el Peloponeso, donde aprendieron los latinos la industria del vino y el cultivo de los olivares.

Productos importantes de mi granja son el frijol y el arroz, y además abundan en sus huertas espárragos y rábanos, endibias y yaros, achicoria, acelga y altramuces.

No quedará por falta de condimentos, pues tenemos culantro y perejil, tan orgulloso este último, tal vez por los viajes que hizo de Grecia a tierras de los árabes, de donde pasó a Castilla, que cuando una persona va muy compuesta decimos que está emperejilada. Tenemos asimismo canela, menta, comino, pebre, castellano antiguo que reproduce el piper del Lacio y el πέπερι del Atica, o sea, la pimienta; y si sois muy refinados os brindaré jengibre, ants y ajenjo.

Sigamos al surco de las plantas medicinales. El rui-barbo nos está diciendo con su nombre que vino de lejos, ῥα βάρβαρον. Junto a él hallamos, con la misteriosa mandrágora, eneldo, regaliz, malvavisco y mejorana. Malvavisco, planta híbrida, porque tiene un elemento latino, malva, y otro griego ἐβίσκος. Mejorana, de enredada etimología, y llamada por Linneo origanum majorana, que probablemente viene de ἀμάρακος, amaracana. Nuestro pueblo echa por los rumbos de la etimología popular, y cuenta que buscando San Joaquín y Santa Ana una yerba aromática para la pequeña María, Ana cogió una y dijo: esta es yerba buena, Joaquín. Y él cogiendo otra, respondió: esta es mejor Ana.

Los campos que nos rodean,—aunque a trechos no falta la cizaña,—están llenos de excelentes pastos: tomillo, hisopo, bromo, serpillito y códeso, del que habla Virgilio cuando dice por boca de Melibeeo:

florentem citisum et salices carpatis amaras;

y finalmente orégano, que se ha hecho entre nosotros tan famoso, que para decir que no todo puede ser de lo mejor, decimos: no todo el monte es orégano.

Hongos hay en abundancia, pero hay que escoger cuidadosamente los que no son venenosos.

—¿Y aquella planta que muestra entre las piedras sus florecillas de vivos colores? —Es el *acónito*, nombre derivado de *ακονη* piedra, del que cantó Ovidio, atribuyendo al vulgo una sabla etimología que aquel seguramente ignoraba:

*Quae, quia nascuntur dura vivacia caute,
Agrestes aconita vocant.*

Diz que lo llaman los campesinos acónito, porque crece vigoroso entre las duras piedras.

¿Os admira el ruido de las máquinas y el movimiento de la gente? Es la industria del *lino*, del *cañamo* y del *esparto*, que como netamente griegas no podían faltar en mi granja modelo.

Fuera de los trajes fabricaron los antiguos con el lino cuerdas, y a la cuerda la llamaron por eso los latinos *línea*, de donde en el lenguaje de los constructores vino *alinear* y en el lenguaje científico *línea*, *delinear*, etc. La forma más castiza de alinear es *aliñar*, y la tenemos con significación algo desviada en las palabras *aliño* y *desaliño*.

Σπίρτος era cierta cuerda de tejido espiral y la materia de que se hace: *esparto*; parlente o afín de *σπίρτις*, *espuerta*, que se quedó en la clase humilde, con sus vecinos *espartal* y *esparteña*, y de *σπεῖρα*, *espira*, *espiral*, que subió al lenguaje de los sabios. *Cañamo* no ha dado más productos que *cañamón*, *cañamazo* y *cañamar*.

Tántas huellas griegas tiene el arte de la agricultura, que con palabras de aquella lengua podemos describir la historia de las plantas desde la cuna al sepulcro: *embrión*, *bulbo*, *tallo*, *vástago*, *baya*, *resina*, *zum*, *raja*, *brugo*, *liquen* y *carcoma*.

Los *silos*, que muchos tienen por reciente invento, son tan antiguos como el nombre griego *σιρός*.

Antes de dejar los campos permitidme que os cuente la historia de la palabra *frijol*, que es muy instructiva.

Había en Grecia una isla llamada *Φάσηλις*, cuyo sello, que aún se ve en algunas monedas, era un navío. Tal vez los habitantes de aquella isla se habían especializado en la construcción de esa clase de embarcaciones; es lo cierto que ellas se conocían en el Imperio Romano con el nombre de la isla, *phaselum*, y por corrupción popular *baselum*. *Phaselum* dice en sus Etimologías S. Isidoro, *est navigium, quod nos corrupte baselum dicimus* (L. XIX, C. I, N.º 17). De aquí viene el castellano antiguo *baxel* actualmente *bajel*.

Pero he aquí que por otro lado la industriosa isla de *Φάσηλις* cultivaba con tanto éxito cierta sana y exquisita legumbre muy conocida en nuestra patria y especialmente en Antioquia, que griegos y romanos no la conocían sino con el mismo nombre de la isla: *phaselus*, y en diminutivo *phaseolus*, y así Linneo la clasificó más tarde con el nombre de *phaseolus vulgaris*. Los que deseéis ver cómo esta palabreja entró en todas las lenguas romances y las múltiples formas que ha revestido en ellas, hallaréis vuestra curiosidad satisfecha en las Apuntaciones de nuestro ilustre Cuervo (N. 113). A nosotros nos basta sacar en conclusión que nuestras voces *frisol*, *frijol* y *fréjol* son etimológicamente idénticas con la voz *bajel*, y una y otras retazos de la civilización de una de tantas islas habitadas por los helenos.

Vive en nuestra Sabana, cerca de la capital, un patricio que todos conocéis y que tiene una de las más bellas quintas de la altiplanicie, en la cual ha reunido gran número de animales raros y curiosos. Yo también, siguiendo su ejemplo, tengo mis animales. Pero lo curioso de mi parque zoológico es que en él no hay más que aquellos que recibieron su nombre de los griegos, y no lo han perdido hasta ahora a través de 25 y más siglos. Echémosles una rápida ojeada, pues no quiero abusar de vuestra paciencia.

Entre los cuadrúpedos veréis *potros, borricos, onagros, podencos, dromedarios y camellos*, y animales de la selva, tales como el *antilope*, de elegante cornamenta, el *búfalo*, el *lince*, de ojos proverbiales, la *hiena* y la *pantera*. Los más raros son el *rinoceronte* con el *elefante* y otros *paquidermos*.

En el pabellón de las aves hallaréis el vistoso *faisán*, la armoniosa *calandria*, *cisnes, chorlitos, perdices* y *pelicanos*; el *alción*, de majestuoso vuelo, y el *avestruz*, de rápida carrera.

De la vida de los animales tenemos en castellano verbos tan bonitos como *bramar, husmear y crotorar*; y no quiero omitir el curiosísimo desarrollo semántico de la voz *perdiz*, etimología grata a los cazadores académicos.

Perdigón, a pesar de su forma aumentativa, es diminutivo de *perdiz*, como ratón de rata, y significa el pollo de la *perdiz*. *Desperdigarse* es lo que hacen los polluelos de las *perdices* al ser sorprendidos. De ellos pasó este verbo a cualquier otra clase de objetos que se desperdigan, y principalmente lo aplicaron los cazadores a los balines de plomo con que se tira a la caza menor. Los balines o granos de plomo se desperdigan. De aquí a llamar *perdigones* a los mismos balines, no hay más que un paso, y lo dieron audazmente los cazadores, realizando el fenómeno extraño de que tengan el mismo nombre el ave inocente y la munición que la mata.

Pero sigamos a otras secciones de nuestro jardín zoológico, para que veáis diversas crisálidas, y animalitos tan pequeños como el *cnife* y la *cochinilla*; tan peligrosos como el *áspid*, el *dragón* y el *escorpión*; tan humildes como el *escarabajo* y el *limaco*; tan curiosos como el *camaleón* y la *salamandra*.

En aguas de río os mostraré *truchas, hidras, castores, cocodrilos e hipopótamos*; y en el mar y sus orillas

(porque a orillas del mar tiene que estar mi granja imaginaria) veréis *conchas, lapas, esponjas, pulpos y corales, camarones y almejas*; y dejando otros peces menos conocidos, ahí tenéis el *delfín*, el *atún* y la reina de los mares, *la ballena*.

¿No es verdad que puede colocarse mi jardín zoológico junto a los más curiosos del mundo? ¿No es verdad que en mi granja modelo aparece de nuevo, a través de la lengua castellana, lo más recóndito, lo más simpático de la cultura griega, que es su amor a las aves y a las flores, su atención a las hortalizas y a los árboles, su vida campestre, en fin, a la que debió aquella raza sus vigorosas condiciones físicas y sus cualidades morales, que aun hoy forman el ideal de una buena educación: *mens sana in corpore sano*?

Si de la observación de los animales pasamos a la consideración del hombre y de la vida humana, hallamos que muchas de las palabras populares, tomadas de la entraña misma del castellano más vulgar y más castizo, son palabras griegas, gastadas por la fonética y desfiguradas en el torrente de los siglos.

Demostrado está el origen griego de voces como *chato, mostacho y chisme; bleado, enteco, zambo y pedante; murria, roncar, piropo, garganta, cosquillas, carcajada; enano, gigante y pigmeo; enclenque y titán*.

Huérfano, austero, lacónico, nostalgia, son bellas voces que nos muestran en su serena gravedad al hijo de la Grecia, así como *discolo, acidia y cólera, hipocresía, misántropo y melancolía* nos descubren el lado flaco que por doquier se encuentra en el hombre.

Erótico no tenía mal sentido entre los griegos, y podía aplicarse al amor puro. *Celo*, allá como aquí, lo había del bueno y del malo.

La *melancolía* ha tenido un desarrollo fonético notable: viene de *μέλας* negro y *χόλος* bilis; literalmente

quiere decir *atra bilis*, y se confunde con nuestro atrabillario. Pero la pronunciación popular al correr del tiempo fue labrando la palabra y haciendo de ella *malencolia*, primero, *malenconia* después, forma que se halla en castellano antiguo y persevera en italiano. Entonces creyó el vulgo que se trataba de una palabra compuesta, por el estilo de malferido, malfetría, y separó sin más ni más el segundo componente *enconia*, con la significación de grima, enojo, formando además el verbo *enconarse* y el sustantivo *encono*, que de achaques del espíritu han pasado a ser también achaques del cuerpo.

Poco amigos eran los griegos de la melancolía. Más bien cultivaban la alegría del vivir con la música y con los deportes.

La educación del griego era algo que difícilmente entendemos nosotros tan mal acostumbrados a henchir de conocimientos superficiales la memoria de los jóvenes, descuidando muchas veces sus más bellas cualidades, su *carácter*, su sentimiento *estético* y su destreza corporal. No así los griegos. De los 6 a los 18 años no tenían ellos más materia de estudio que la *gramática*, la *música* y la *gimnasia*. Se trataba no tanto de adquirir conocimientos cuanto de desarrollar la iniciativa y las facultades artísticas y literarias.

En Atenas no hay *escuelas* del Estado. El niño está a cargo de un esclavo que lo lleva donde sus maestros y se llama *γραμμιστής* voz ennoblecida en nuestros modernos *pedagogos*. El *παιδαγωγός*, o maestro de gramática enseña a leer, escribir y contar y los más sencillos cálculos. La escritura se hace en tablillas encedradas con un *estilete* de marfil o de *metal*, o bien más tarde en *papiros*, con tinta y plumas de *caña*.

Cuando el niño sabe leer empieza a aprender de memoria los grandes *poemas* nacionales. Jóvenes privilegiados sabían íntegramente la *Ilíada* y la *Odisea*, no poco de Hesíodo y mucho de los *líricos*.

Terminada la lección de gramática el pedagogo llevaba al niño a la casa del *citarista* *κιθαριστής*, para la clase de *música*. Platón enseña que la música es el ejercicio más provechoso para inclinar a la virtud las tiernas almas de los niños: no la música apasionada, ni la *antipática* combinación de ruidos del jazz moderno, sino la música *melodiosa*, serena y tranquila de la flauta y de la *cltara*, tan propia para *calmar* el ánimo y para elevarlo al *ideal*. Acompañándose él mismo aprendía el joven también a cantar y ejecutaba las obras maestras de los grandes *líricos*.

A los 14 años, sin perjuicio de la *gramática* y la *música*, interviene otro maestro, el *παιδοτριβής*, y desde este instante la *gimnasia* es la parte principal de la educación. Casi todo el día se pasa en la *palestra*. Hay que dar al cuerpo resistencia y solidez, agilidad y soltura y *armoniosas* proporciones; y al ánimo iniciativa, estímulo, constancia, condescendencia, serenidad y valor. Los ejercicios principales son cinco que forman el *πένταθλον*: lucha, carrera, salto, *disco* y jabalina. Usábanse también la pelota, el pugilato, la equitación y la esgrima.

Así se educaron hasta los 18 años Aristides y Temístocles, Platón y Aristóteles, Demóstenes y Esquilo, Píndaro y Sófocles, Fidias y Praxiteles. Si un *sistema* de educación ha de juzgarse por sus resultados, ninguno mejor que el que acabamos de recordar, aunque para nuestro gusto no sea capaz de formar sino robustos *atletas* condenados al más ruidoso fracaso en los exámenes de cultura general.

Sólo algunos jóvenes ricos estudiaban después de los 18 años, por vía de recreación, sin descuidar por eso los ejercicios corporales, *geometría* y *dibujo*, *astronomía* e *historia*, *retórica* y *filosofía*.

Aún hoy vemos, en pueblos más prácticos y más poderosos que el nuestro, que el día del universita-

rio se divide en tres partes: la mañana para el estudio, la tarde para el deporte, y la noche para la vida social y el descanso. Y es grato ver en Oxford, después de la ligera refección del medio día, cómo los centenares de alumnos de sus múltiples colegios, cambiando el riguroso traje ciudadano por el ligero deportivo, salen en bicicleta como enjambres a los campos que rodean la ciudad, donde pasan en ejercicios corporales la mitad de su vida universitaria.

Cada cuatro años se celebraban en la ciudad de Olimpo, en honor de Júpiter, los juegos llamados por eso *olímpicos*, acontecimiento mucho más importante en la historia de los griegos, de lo que ordinariamente se cree.

Las ciudades griegas eran independientes, no había un gobierno central y sólo se hizo un conato de liga *anfictiónica* que no dio mucho resultado. La unidad del pueblo griego se gravaba en la conciencia de todos y se conservaba gracias a los juegos olímpicos, tan importantes en la vida nacional, que fueron la base para el cómputo del tiempo por períodos de 4 años llamados *Olimpiadas*. Al lado de ellos otros juegos *panhelénicos* como los *píticos*, en Delfos, los *ísmicos*, en Corinto, y los *nemeos*, en Nemea, tienen importancia secundaria.

Cuando se acerca el tiempo parten los heraldos por todos los ámbitos de Grecia anunciando la gran fiesta religiosa y nacional, y en caso de guerra promulgando la tregua que por un mes se concedían las ciudades beligerantes. De todas partes acuden muchedumbres, dispuestos unos a competir en los juegos, deseosos otros de admirar la destreza de los campeones, curiosos los más y negociantes que acuden siempre donde mucha gente se reúne. Los artistas aprovechan la ocasión para mostrar sus obras; los *retóricos* para desplegar las *galas* de su oratoria; los *sofistas* para promover disputas, y los *filósofos* para ensanchar su *escuela*.

Los juegos, a los que no pueden asistir las mujeres, se inauguran en el *estadio*, rectángulo de 142 metros de largo rodeado de rampas donde se apiñan los espectadores. Animados por sus aclamaciones corren los cursores en carreras sencillas, dobles, de antorchas y de resistencia. Siguen la lucha, el pugilato y otro juego mezcla de ambos que se denomina el *pancracio*.

La segunda parte de los juegos se desarrolla en el *hipódromo*, cuya pista mide 770 metros, y termina en la anhelada meta.

Hay carreras de caballos parecidas a las nuestras, pero más apasionantes son las carreras de carros. El carro es de dos ruedas, muy ligero, y va tirado por cuatro caballos. El conductor va de pie y tiene que dar ocho y hasta doce vueltas a la pista.

Al día siguiente continúan los juegos en el *estadio* con la competencia en el *pentatlo*. Para el salto el número de los concurrentes no era fijo, y los que franqueaban el espacio reglamentario entraban en liza para la jabalina. Los cuatro competidores más hábiles en esta prueba presentábanse para la carrera que eliminaba un concurrente, quedando por lo tanto tres para el *disco* y los dos últimos para la lucha cuerpo a cuerpo. Saltan y corren los *gimnastas*, arrancan aplausos los *discóbolos* y los *atletas*, campeones y *antagonistas* tienen en tensión por varias horas a la enorme multitud. Mil voces aclaman por fin con *frenético entusiasmo* al vencedor que ha de dar su nombre a la *olimpiada* señalada con su *triunfo*.

Por fin, al otro día, ante el templo de Zeus, y en medio de la más delirante ovación de un pueblo que había estado por espacio de cuatro años pendiente del resultado de los juegos, se reparten los premios, tan sencillos como honrosos: la corona de *olivo* y la palma.

A los juegos siguen los sacrificios y las procesiones, y a veces festines públicos servidos a todos los espectadores.

Os he relatado uno de los capítulos más característicos de la cultura griega en lenguaje para vosotros corriente y conocido. Y sin embargo, si miráis despacio mis palabras, veréis que muchas de ellas son las mismas que usaban los griegos en aquellos momentos de entusiasmo; es decir, que también aquí hay un caudal griego que corre por los cauces de nuestro castellano, dándonos testimonio directo y elocuente del cultivo de la propia personalidad que los griegos profesaron.

Y no será por demás advertir que, si uno de los síntomas más claros de una cultura refinada es la generalización del uso de los baños, fue en Grecia donde ellos se hicieron populares y donde primero se organizaron baños públicos al alcance de todos. De Grecia pasó a Roma, con la práctica, el nombre erudito *termas* y el popular *balneum*, *baño*, que aún hoy conserva nuestra lengua.

* * *

Debiéramos ahora seguir a los griegos en su vida social, y hallaríamos el castellano cuajado de términos en que se siente todo el calor de la vida doméstica tales como *cofre*, *cama*, *sábana*, *tapete*, *pantuflas* y *sandalias*, *saco*, *cesta*, *cántaro*, *estufa*, *marmita*, *artesa*, *cuehara* y *mermelada*.

¿Queréis ver en una curva formada por unas cuantas palabras la historia social de muchos griegos y de muchos colombianos? *Himeneo*, *arras*, *epitalamio*; *baile*, *crápula*, *broma*, *embromar*, *circo*, *propina*, *galán*, *regalo* y *engalanarse*; *paje*, *pompa*, *boato*, *apoteosis*; *féretro*, *pira*, *tumba* y *epitafio*.

En honor de la verdad hemos de decir que este tipo de hombre que no sirve sino para la holganza y los placeres es más frecuente en Grecia que en las modernas sociedades. El ciudadano de Atenas pasa el día en la ociosidad porque sabe que por él trabajan los *mete-*

cos y los esclavos; pero sin embargo, cogiendo al pueblo griego en su conjunto, lo encontramos en febril actividad. Apliquemos el oído a nuestra lengua y sintamos a través de ella y a través de los siglos el ruido de las máquitas, el rumor de los puertos, el vocerío de los mercados y el fragor de los combates.

Trueco, *trocar*, *retruécano* son el eco castellano de *τροχός*, rueda. El *torno*, tan usado por los artifices de las bellas obras de cerámica que tanto abundan en nuestros museos, vive aún en múltiples formas y tiene larga familia en nuestro idioma: *tornar*, *retorno*, *contornear*, *entornar*, *contorno* y otros muchos derivados. *Maña* es la forma popular y eufonizada de *máquina*, y se prolonga en *amañarse*, *desmañado*, etc. *Poleas*, *ganchos*, *sifones*, *alambiques* remontan su historia hasta los griegos.

Amalgama, *apelmazar*, *aplastar*, *encolar*, *enlosar*, *entapizar*, *esmerilar*, *esquilar*, oficios son que no disimulan su ascendencia helénica.

Y si a los productos vamos, tienen marca de fábrica de aquel bello país los *conopeos*, literalmente mosquiteros, *toldos*, *fanales*, *medallas*, *emblemas*, que literalmente son incrustaciones, *púrpura*, *cuerdas*, *estopas* y *estofas*, *pabilos* y *madejas* que tienen en nuestra lengua dos derivados de contraria significación, *despabilado* y *desmadejado*; *frascos*, *bisagras*, *gonces*, *cremalleras*; y entrando en industrias familiares, *azúcar*, *pastas*, *almidón* y *grageas*.

La industria del papel es de origen egipcio, pero los griegos la explotaron desde los tiempos de Alejandro Magno y nos la transmitieron. *Πάπυρος* es la planta egipcia que finamente elaborada formaba los *papiros*, ascendientes en línea recta de nuestros *papeles*.

Muchas son las voces de los marinos griegos que viven aún en castellano con sentido idéntico unas, notablemente ampliado algunas otras. *Pielago*, *archipiéla-*

go, golfo, barca que ha dado tantos derivados: *barquero, barquillo, abarquillado, embarcar, embarcación, desembarcar, etc.*; *equipar, equipaje, esquife, galera, caraba y carabela; proa, comba y jarcia; piloto y pirata; chusma*, que primitivamente significó el conjunto de remeros; *rumbo, calma, borrasca; náusea* de *ναῦς*, nave, nombre que dieron los griegos al mareo; *zarpar, remolcar, arri-mar, arrumar y calar*, que proplamente significa echar el ancla.

En la bahía de Alejandría se halla la isla de *Φάρος*, en la cual hizo levantar Tolomeo Filadelfo un monumento que fue tenido por una de las 7 maravillas del mundo. En él brillaban por la noche luminarias que servían de orientación a los navegantes. El nombre de la pequeña isla se ha generalizado. Los *faros* son hoy en todo el mundo el consuelo y la protección de los marinos, que no saben que con su luz benéfica llega hasta nosotros un puro destello de la cultura griega.

Con los navegantes vienen los mercaderes, y si acechamos su conversación oiremos en sus labios palabras que son para nosotros familiares: *emporio, tesoro, bolsa, embolsar, desembolsar, monopolio, bodega y botica* que originariamente son una misma palabra *απο-θήμη*. Próxima parienta de esta es *υπο-θήμη*, que pesa aún en nuestra lengua al fin y al cabo como una *hipoteca*. Los banqueros en Grecia se llamaban *τραπεζίται* de *τράπεζα*, mesa; las *trapacertías* de hoy nos están diciéndo que no siempre gozaban de muy buena fama.

Baratar significó primitivamente traficar, negociar; de donde vino *barata*, trueque o cambio; *barateria*, engaño o fraude; y *barato*, de poco precio. *Baratar* vino así a significar dar o recibir a menos precio, y de aquí, con adición de un prefijo, se formó *desbaratar*.

Las pesas y medidas griegas han dejado también su huella en castellano: *talento, dragma, adarme, gramo, quilate*. *Ensayo* es el griego *ἐξάγιον*, pesada, tanteo.

La pacífica vida de los griegos se vió con frecuencia perturbada por el estrépito de las armas y el fragor de los combates. A juzgar por los pocos términos militares que nos dejó la Grecia, no fue ella la que nos enseñó a pelear sin descanso; pero con todo el mismo nombre de la guerra *πόλεμος*, lo tenemos en el erudito *polémica*. *Pelea* es también de origen griego y formación popular frente a los eruditos *estratagema* y *táctica*. Arreos militares legados por la Grecia son *ballesta, carcaj, cimera, espada, panoplia* y *catapultita*. Y lo curioso es que algunos elementos más modernos ostentan nombres importados de la Grecia: *bala, bomba*, la que atruena en los *bombarceos*, y *carabina*. El antiguo *ángaro* y el de aspecto moderno *parapeto* son invención de los griegos.

Brio, herotsmo, bravura, fueron características del soldado que supo vencer en Maratón y Salamina o morir en la Termópilas. *Ginete* nos recuerda a aquellos luchadores que vencieron a las Amazonas, tan admirablemente figurados en el friso del templo de Artemis.

Fuerza singular se necesita para cortar *a cercén*, la cabeza a un enemigo con quien se combate cuerpo a cuerpo. Esta locución adverbial tan gráfica, *a cercén*, viene de *κίρκινος*, circular de *κίρκος*, *circo*.

Falange: hé aquí una voz tristemente célebre en los anales militares de la Grecia. *Φάλαγγε, αγγος* significa rodillo. Este nombre dio Filipo a su famoso cuerpo de ejército, la *falange macedónica*, con el cual pensaba arrollar a los héroes de Atenas y de Esparta. Y lo consiguió plenamente, no tanto porque el soldado macedónico, aun en falange, fuera más fuerte que el griego, sino porque la política de Filipo era incomparablemente más hábil y audaz que la de aquella democracia que no pudo ser encauzada ni aun por la elocuencia más poderosa y enérgica que ha resonado en la tierra, la elocuencia de Demóstenes. La falange no sólo vive entre nosotros en

su aspecto militar, sino también degradada por el vulgo en la voz *palanca* con sus derivados, entre los cuales, aunque parezca extraño, se halla la voz *espalancar*, separar violentamente, modificado en *esparrancar*, que la etimología popular ha convertido en *espernancar*. Tan triste fin tienen a veces en manos del vulgo las palabras de más clara historia y más puro abolengo.

Grecia vencida impuso su lenguaje al vencedor. Había impuesto también a los romanos, aun antes de medir sus armas con ellos, las palabras más gloriosas: *triunfo*, *triunfante*, *triunfador*, *trofeo*.

La vida social del pueblo griego culmina en la *πόλις*, la ciudad, la unión de los ciudadanos que se prestan mutuo apoyo, que ponen sus buenas cualidades al servicio de todos, para que del ejambre humano resulte la vida activa y ordenada, el bienestar de las familias, el progreso de las ciencias, el florecimiento en las artes, y cuando es menester, la defensa contra los enemigos.

Ζῶον πολιτικόν definió Aristóteles al hombre, mostrando que entre todos los vivientes es el único capaz de vivir progresando en sociedad.

Bellos ejemplos de civismo en paz y en guerra nos legaron los griegos. Ya es Aristides, que siendo desterrado injustamente pidió a los dioses, al salir de Atenas, que no sucediera en su patria desgracia ninguna que pudiera hacer sentir su destierro. Ya son aquellos bravos que dirigiéndose a atajar a los persas en el estrecho paso de las Termópilas, y advirtiéndoles algunos que los enemigos eran tantos que oscurecían el sol con sus flechas, respondieron impávidos: —Mejor; así peharemos a la sombra.

Bello es el epitafio que a estos héroes puso el poeta Simónides:

Viajero, dile a Esparta que aquí nos hallaste muertos por obedecer las santas leyes de la patria.

La obediencia a las leyes en el pueblo, la santidad, la justicia de las leyes en el legislador, porque sin ella no hay obediencia digna de ser humano, he aquí el resumen de la vida cívica del pueblo más culto del mundo. Y esa vida cívica palpita aún en una palabra castellana, aunque malandrines y follones, que diría don Quijote, se empeñan en envilecerla: la *política*.

Sí, señores, volvamos por los fueros de la cultura griega que tan felizmente brilla a través de los siglos en esa noble palabra con que Aristóteles nombró el más denso de sus libros.

La *política*. Arte de gobernar haciendo felices con leyes justas a los pueblos. Ciencia de obedecer las santas leyes de la patria. Y no digamos que hace política el ambicioso explotador de los humildes, ni el demagogo que azuza las pasiones del vulgo, ni el maestro en prestidigitación electoral, ni menos el que mancha con sangre de hermanos el suelo sagrado que nos vio nacer.

Demos otro título a las aberraciones de los hombres; y dejemos el limpio nombre de política para las nobles intenciones, los propósitos desinteresados y las realizaciones fecundas de los que se han desvelado en el estudio de los problemas nacionales; de los que, aun discrepando en muchos puntos, se unen en un piadoso culto y en un puro amor a la patria común.

No sería este cuadro fiel reflejo de la realidad si en él no hubiera sombras.

El pueblo griego tenía una misión providencial que cumplir. En él se debía ver cuánto es lo que puede, pero también cuánto es lo que no puede la naturaleza humana dejada a sus propias fuerzas. A pesar de haber sido el pueblo mejor dotado para la civilización, no pudo levantarse a las más altas esferas del espíritu; no conoció al verdadero Dios; no supo el fin de la sociedad ni el fin de la misma existencia humana; no

entendió la dignidad de la mujer ni respetó los derechos del niño; no sospechó siquiera que todos somos hermanos.

Si en lo meramente humano llegó la Grecia al más perfecto grado de cultura, en lo que se relaciona con las más puras aspiraciones del espíritu, la verdad y el bien, quedó como los demás pueblos paganos sumergida en las tinieblas y sombras de la muerte.

El hombre, que había sido hecho por Dios responsable; con la obligación de hacer el bien y de evitar el mal; con la noble independencia del ser superior que no puede convertirse en instrumento para la felicidad de otros; y con el sublime fin de participar de la misma felicidad infinita del Creador; quedó en la ciudad pagana convertido en un mero instrumento al servicio del Estado.

El Estado prometía en cambio a sus miembros la felicidad, no la que consiste en la posesión plena de la verdad y el bien, que es la felicidad del espíritu, sino una felicidad estrecha y caduca que puede encerrarse en dos palabras; bienestar, ociosidad. Y no para todos: el descanso y el placer presuponen trabajo. Para que los menos pudieran gozarlos tenían que trabajar los más.

De 307.000 habitantes que llegó a tener el Atica eran esclavos 200.000; 40.000 metecos y sólo 67.000 ciudadanos. La esclavitud era la fatal consecuencia de una sociedad que veía en el trabajo una deshonra y en el placer el fin supremo de la vida.

«Esto fue, dice un ilustre historiador, la sociedad antigua, sala de festín en que algunos hombres privilegiados se regalaban sin tasa servidos por un pueblo de esclavos, pero que era, para los unos como para los otros, el vestíbulo de la nada». (Godofredo Kurth. Los orígenes de la civilización moderna).

Un día entró en Atenas un pobre peregrino, peque-

ño de cuerpo, débil de apariencia, pero de mirada penetrante y viva que dejaba escapar la luz misteriosa de un fuego divino que en su interior ardía. Recorre el ágora y la acrópolis; se fija en las estatuas y en los templos; se mezcla con los grupos de ociosos que en busca de novedades pululan por todas partes, y les habla palabras de extraño sentido, palabras de igualdad, de responsabilidad, de resurrección y vida.

—Todo esto tienes que exponerlo en el Areópago, le dicen, y lo conducen sin demora a la ilustre colina, sede del más respetable senado de la tierra.

«Y estando Pablo de pie en medio del Areópago, les dice: Atenienses, por todo lo que he podido observar en vuestra ciudad, veo lo mucho que os preocupan los problemas religiosos. He admirado vuestros templos y vuestras estatuas, y he hallado entre otros un altar con esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Pues bien, yo os traigo nuevas de ese que adoráis sin conocerlo...» (Hechos de los Apóstoles, 17, 22).

Pocas veces, señores, la palabra humana ha llegado a más sublime altura que en ese discurso de Pablo ante los areopagitas y el pueblo de Atenas. El escenario es toda Grecia, que ve en Atenas la corona de la sabiduría. Los oyentes son los hijos mimados de la civilización antigua. La cátedra, el tribunal más respetado de la clásica antigüedad.

Ha terminado en Grecia el reinado de los falsos dioses, que si pueden halagar a los poetas no pueden hacer felices a los pueblos. Va a romperse la nube que ha ocultado por tantos siglos el sol de la verdad. Jamás se ha leído en Atenas mensaje más trascendental que el que está transmitiendo ese hombre de pequeña estatura y mirada de fuego. Europa entera debió sentir en ese instante un estremecimiento. Había llegado la hora final del paganismo. Cristo, hijo de Dios, por boca de Pablo de Tarso, anunciaba desde Grecia que

venía a tomar posesión de los pueblos de occidente y a mostrarles el sendero de la verdadera civilización.

No fue el latín, fue el griego el vaso en que se vertió para ser derramada por Europa la buena nueva, la palabra divina. En griego está escrito el Nuevo Testamento. Vedlo, sin entrar en más detalles, en estas pocas palabras, que forman la constelación más brillante en nuestro cielo castellano:

Cristo y cristiano; Iglesia, evangelio, católico; bautismo, eucaristía; apóstol, anacoreta, mártir, ángel, misterio, paraíso.

Y así han quedado resonando a través de los siglos en todos los pueblos cristianos esas palabras de redención y de esperanza, ese mensaje de vida y libertad, esa revelación de la verdad y de la moral de Cristo, que hizo de Europa la maestra de todos los pueblos, el brillante faro de la humanidad, la fecunda madre de la civilización moderna.

